
LA FIESTA ELECTORAL

JULIO E. MIRANDA

Decididamente, nuestro cine no cree en las elecciones: las —al menos— cuatro veces que se ha ocupado del asunto, en los últimos 15 años, ha comparado la campaña, la asistencia a las urnas y el conteo de los votos con otras tantas “fiestas” populares, de dudosa entidad democrática: peleas de gallos, carreras de caballos, corridas de toros. Su insistencia en las mismas imágenes ¿apunta a la monotonía del propio cine o expresa, con las encarnaciones más obvias, un escepticismo de alguna manera colectivo?

TOROS, GALLOS, CABALLOS, POLITICOS Y CIEGOS

En 1973, un cortometraje documental y otro de ficción fijaron el acercamiento al tema. Manuel de Pedro, con **Toros, gallos, caballos y políticos** entregó, en 6 minutos, una amarga broma conceptual. El montaje fragmentario de “sensaciones” contrastadas o comparadas ironizaba las elecciones, asimilándolas al folklore competitivo de las diversiones que enunciaba su título. Los afiches de las corridas se confundían con la propaganda electoral; el “olé” de la plaza resonaba sobre las concentraciones partidistas; los pañuelos blancos saludando la faena del toreo daban paso a los blancos emblemas agitados por los seguidores de AD; el gallo del PC nos introducía en la gallera; la oreja otorgada al matador nos llevaba a la oreja del MEP; las cifras de votos se acumulaban al ritmo de los caballos en La Rinconada, mientras hombres y mujeres sellaban los formularios del 5 y 6 y en el hipódromo resonaban aplausos. Luego, el vacío: limpieza del hipódromo, un solitario torero practicando en la plaza desierta.

Cuadros, de Andrés Agustí, hacía desfilar un ciego, guiado por un niño, atravesando la ciudad llena de propaganda electoral y de mitines. Era, desde luego, la única manera de permanecer imperturbable, aunque hubiera hecho falta que también fuera sordo. El cineasta, por su cuenta, somete el “ruido” partidista a una manipulación adecuada: encaja unas cuñas en otras y las acelera hasta el ridículo. El fragmento de una obra teatral montada en aquellos días por El Triángulo muestra a un demagogo guñolesco perorando desde lo alto de una escalera y prometiendo al pueblo prácticamente todo. Al final, el ciego y su lazarillo se instalan frente al televisor, con las imágenes deformadas de los candidatos y el conteo de los votos alternando con una carrera de caballos. Otra vez, pues, las elecciones asimiladas al azar de los “cuadros” pregonados por el ciego y el rápido frenesí de la competencia equina.

Cinco años más tarde, en ese batiburrillo semidocumental que es el largometraje **En Venezuela es la cosa**, de Giancarlo Carrer, una pelea de gallos será comparada por el locutor con las elecciones. Diversos pajarracos (tucanes, grullas, gavilanes, palomas, etc.) opinarán al respecto, con estilo radio-rochelesco. El "capítulo" termina con la entrevista a un pintoresco candidato, Francisco Pedrosa, defendiendo a Guzmán Blanco y elogiándose a sí mismo.

LA SALSA ELECTORAL

Electrofenia (1980) de Julio Neri dedicará 85 minutos al tema, en un largometraje un poco inflado pero lleno de intuiciones. Neri sigue a cada candidato en su campaña, logrando reflejar el "estilo" de los aspirantes presidenciales, al menos según las tomas que ha captado y el montaje que ha hecho de ellas. Así, lo "dinámico" del Diego Arria que aterriza en helicóptero; lo "joven" de su presencia al frente de un concierto de rock. Lo "popular" de Héctor Mujica sudando por las calles o subido a un camión; lo casi "marginal" de los escasos públicos que convoca (niños, adolescentes, viejos, gente pobre). Lo "indefenso" de Luis Beltrán Prieto, también en camión, ahora por El Silencio, y agregido por un loco que se sube al vehículo, le grita insultos y tardan en bajarlo. Lo "sentimental" de Luis Herrera, con la cuña de la mujer que llora ante él sus desgracias; lo "opíparo" de su desayuno en el Guárico. Lo "voluntarista" de José Vicente Rangel, dándole la mano en el Ateneo a un montón de gente que no parece hacerle mucho caso; lo "atractivo" de las bellas muchachas que bailan; lo retraído que se encuentra pese al marco masivo de algunas concentraciones. Lo "activo" de Américo Martín, hablando en supermercados, al pie de los bloques de Caricuao, en cafetines, lo "diverso" de su aspecto: en camisa, sudoroso y despeinado en la UCV, bien peinado, de palto y corbata en la filmación de una cuña. Lo "abstraído" de Piñerúa en actos y calles, rodeado de "reinitas de belleza" que le dan besos, de gente que lo guía hasta el escenario, de borrachos que gritan vivas, de niños para los que dibuja un barquito o de estudiantes de la USB que lo abuchean.

Neri logró reproducir la atmósfera de la campaña, siempre ritmada por música de salsa excepto el rock de Diego Arria. Fatal ¿o voluntariamente?, el "picoteo" del montaje homogeniza a todos los candidatos en el caos y, al cabo, la irrisión, lo que se subraya con la ciudad ensuciada por la propaganda de todos, y las rápidas sobreimpresiones de los rostros de unos y otros y el verdadero "ballot" de caravanas de carros que se agreden con claxones y gritos. Para colmo, las minientrevistas concentradas al final dan la vaga impresión, aunque la muestra no sea representativa, de que las motivaciones del voto son banales y de que son ¡los presos! quienes mejor razonan el por qué de su opción electoral. Curioso, ¿no?

EL COMPROMISO

El jalón más reciente del cine sobre las elecciones es el largometraje (argumental) **El Compromiso**, de Roberto Siso, con lo que el tema deja el dominio del documental para ser ¡al fin! tratado por la ficción. Sin embargo, no son las peripecias presidencialistas las enfocadas en el filme sino "el compromiso" de un grupo de intelectuales con el candidato probable y efectivamente ganador, vendiéndose literalmente a cambio de puestos. Digna, oportuna, certera, chispeante, obvia y quizás no lo bastante cruel, la película cierra por ahora, con una última nota igualmente burlesca, la escéptica musicalilla del cine venezolano sobre nuestro colorido espasmo quinquenal.